

Mi Diario

Federico Gamboa, *Mi Diario*. "Notas discordantes", septiembre de 1910, Fiestas del Centenario, en *Enciclopedia de México*, tomo 4, Ed. Planeta, 1ª ed., 2008, México.

Notas discordantes

La noche del 15, que en esta ocasión alcanzó proporciones de indescriptible entusiasmo nacionalista, fueron tantos los invitados a Palacio que se hizo necesario multiplicar el servicio del ambigú acostumbrado. Karl Bünz, embajador especial de Alemania y excelente amigo, prefirió no sentarse a la primera mesa, sino volver a contemplar el espectáculo, iúnico en América!, de nuestra plaza de armas cuando la muchedumbre que la llenó, hasta no escuchar devotamente y luego vitorearlo con el alma en la garganta, el "grito" ritual, comienza a desertarla en pos de las bandas militares que se desgranaban por las calles y plazas de la ciudad, rumbo a sus cuarteles. En esas estábamos Bünz y yo, suspenso él y yo encantado como siempre que presencié la patriótica y popular manifestación pacífica, risueña y comunicativa, con tañer de guitarras, entonando canciones castizas y empolvadas, deteniéndose sus componentes frente a las vendimias alumbradas de ocote en que se fríen enchiladas y buñuelos, y se pregonan cacahuates y frutas, los compradores empujando el codo, acallando brazos femeninos a los críos, insomnes y pávidos; todo eso veíamos, cuando en la bocacalle de Plateros se produjo insólito arremolinamiento de gente rijosa, se oyó destemplado vocerío y adivinamos un terco ondular y chocar de personas. A tamaña distancia no acertamos a dilucidar qué sería aquello, apenas si distinguíamos que un emblema, estandarte o cuadro, oscilaba y

se erguía por sobre las cabezas anónimas, cual si unos y otros se lo disputaran a viva fuerza. De pronto, uno, dos fogonazos con sus sendos truenos inconfundibles rayaron la relativa penumbra en que las iluminaciones mortecinas iban sumiendo a la plaza, y, a poco, en desorden y con mayores voces, el remolino humano se abrió paso y avanzó de prisa por frente al portal de Mercaderes, la Casa del Ayuntamiento, rumbo a Palacio.

—Tiros, ¿verdad? —exclamó Bünz.

—Posiblemente —repuse— cohetes o tiros disparados al aire por el júbilo que la fecha provoca.

El remolino siguió avanzando hasta no desfilas por debajo de nosotros, que desde el balcón lo contemplábamos, Bünz intrigado y yo sin sangre, pues ya se descifraban los gritos, vivas a Madero, y ya veíase qué era lo que en alto llevaban; un retrato en cromo del mismo Madero, enmarcado en paños tricolores.

—¿Qué gritan? —me preguntó Bünz.

—Vivas a los héroes muertos y al presidente Díaz —le dije.

—Y el retrato, ¿de quién es? —tornó a preguntarme.

—Del general Díaz —le repuse sin titubeos.

—¡Con barbas! —insistió algo asombrado.

—Sí —le mentí con aplomo—, las gastó de joven, y el retrato es antiguo...

Amargado ya el resto de la noche por indicio tan significativo, tuve la aprensión de que algo grave se aproximaba, de que quizás las fiestas suntuosas del centenario no eran el exponente de la prosperidad nacional

tan trabajosamente conquistada, y en cierto modo, también la no usurpada recompensa con que el país entero coronaba las canas del reconstructor de la patria, del Caudillo meritísimo que no obstante sus muchos años aún empuña el timón de la antes desmantelada nave del Estado, con pulso no tan firme y certero como el de su madurez, ¡claro está!, las leyes naturales no hay quien las conculque; pero todavía movido por las intenciones y propósitos más nobles y altos de un mexicanismo entrañable. ¿Vendrán, me pregunté, el sacrificio de la séptima vaca gorda de que habla la Escritura, y ya por los desiertos norteños, arreados por erróneas o torcidas ambiciones, se habrán echado a andar las siete vacas flacas?...

Más valiera, entonces, que la muerte, comúnmente inoportuna, hubiese herido a este varón ejemplar cuando el mundo todo lo aplaude y honra al palpar la magnitud de su obra de cíclope, y dentro de casa, hasta sus desafectos reconocen la proeza. Si la muerte nos lo hubiera llevado en el preciso instante en que sonaban las once de las mil veces memorable noche de septiembre, y sus manos repicaron el esquilón que en Dolores, Hidalgo, ¡hace cien años cabales!, anunció al universo que un pueblo sediento de todas las libertades acababa de nacer, el viejo patriota sin mácula, el excepcional estadista envejecido sobre el duro yunque en que forjó los hierros que han levantado y reafirmado a su tierra, el soldado que peleó contra huestes extranjeras, el gobernante probo por excelencia, el de vida privada modelo, habría ascendido, nimbado de virtudes, a la gloria y a la inmortalidad que sobradamente se merece...

Mayor sorpresa me aguardaba al día siguiente, ya reunidos el general Díaz y su gabinete en el salón presidencial de acuerdos de Palacio, momentos antes de emprenderla a los festejos de la mañana. Quise repetirle al Caudillo la ocurrencia de la víspera, y así le conté cómo lo había yo declarado con barbas en sus años mozos, para que el embajador especial de Alemania no pusiera en claro el motín frustrado a nuestra vista. No se interrumpió su característica impasibilidad, mudo y grave escuchó mi relato trunco, porque las demás personas me comían con sus ojos airados y alguien tiró de los faldones de mi uniforme. Densificóse el ambiente, siguió momentáneo y embarazoso silencio que truncó uno de los ayudantes, anunciando que los carruajes, abajo, estaban prontos... El presidente, en tono seco, pronunció las palabras con que a diario nos encaminábamos al calvario de las festividades:

—¡Vamos, señores!

Afuera, los ministros quisieron reprocharme lo que llamaron "mi imprudencia". Pero lo que yo les repliqué: ¿cómo había de imaginar que suceso tan público y amenazador se le hubiera ocultado al principal interesado...? A medias palabras, me hablaban todos, supe que el asunto carecía de importancia según ellos, que se había recomendado a los periódicos lo pasaran en silencio, iy que ya se habían tomado las debidas providencias!

En hondas cavilaciones se perdió mi facultad de análisis. ¿Sin importancia el asunto, cuando precisamente para ese día 16 estaba secretamente anunciado un atentado contra el general Díaz, y se creyó indispensable redoblar las vigilancias callejeras, alterar el orden del desfile de carruajes y

hacer que los miembros del Estado Mayor no se apartaran de la "brisca" descubierta en que iba el presidente?... ¡Ah!, pensé, con razón los jefes de Estado yerran en ocasiones sobre que se les oculta cuanto puede amargarlos o desviar el carro gubernativo de los senderos, derechos o tuertos, que las camarillas y los influyentes aconsejan.

Por suerte, ni a la ida ni a la vuelta de la inauguración de la columna de la Independencia, precioso monumento emparentado con la columna de la Plaza de la Bastilla en París, y del que es autor nuestro talentoso Antonio Rivas Mercado, tuvimos la menor novedad; ¡al contrario!, fue una de las veces en que el público apiñado en la Reforma y en el tránsito disparó más flores al Caudillo, quien regresó a Palacio totalmente cubierto por ellas. Pero digo mal, pues vaya si tuvimos novedad, y gorda, los versos de su fábrica que nos recitó Salvador Díaz Mirón, indignos de su estro y de su fama. Léanse si no, y se verá que hasta el título es un desacierto, la composición se llama: "Al buen cura".

Otra nota discordante durante el Centenario íntegro, la ausencia de Limantour del país, su renuencia a volver por ahora, so pretexto de su mala salud. Estantes y visitantes de la ciudad la han comentado de mil modos y aun prestándole significaciones diversas que, probablemente, no han de estar en lo cierto. Sí es de llamar la atención, pero de ahí a descubrir la causa, hay su distancia.

Porción de otras notas desafinadas podría yo traer a cuento, en su mayoría hijas de las flaquezas y de las gorduras de nuestros prójimos; pero, ¿con qué objeto...? En cambio, es de consignar que Inglaterra no nos envió representación especial, a pesar de que tenía aceptada la invitación que como a los demás países con quienes México sostiene cordiales relaciones diplomáticas le fue enviada, por el luto que guarda a causa del fallecimiento de su majestad Eduardo VII; que Santo Domingo, no obstante haber aceptado la suya desde el 24 de mayo, no envió tampoco representante ni se excusó por no haberlo hecho, y que, lo más de lamentar por tratarse de quien se trata, Nicaragua, que también había aceptado la suya desde el 28 de julio, agitada poco después por disensiones interiores que echaron abajo su gobierno, México, con gran sentimiento de sus intelectuales sobre todo, no pudo, dentro de los rígidos cánones de la materia, recibir la misión nicaragüense, cuya cabeza era la genial de Rubén Darío, legítima gloria americana. El gobierno, sin embargo, le ofreció acogerlo a título de invitado de honor; alta distinción que con gran cordura de su parte el poeta rehusó cortésmente. Como magra compensación, ya desembarcado en Veracruz, donde mucho lo agasajaron los literatos porteños, el culto gobernador de aquel estado, don Teodoro A. Dehesa, lo invitó a pasar a Jalapa, en la que permaneció algunos días, también muy festejado por elementos oficiales y particulares.

Alberto Barranco Chavarría, "Anecdotario en torno al Palacio Nacional", en Krauze, Enrique *et al.*, *El Palacio Nacional. La sede del poder*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público y TELMEX, 2005, pp. 300-302.

[...] Segundos antes de sonar las once campanadas en el reloj de Catedral, el 15 de septiembre de 1914, el ingeniero Félix Fulgencio Palavicini leía, emocionado, en el balcón central de Palacio Nacional, un telegrama enviado por el agente de gobierno constitucionalista en Washington, Juan F. Urquidi, al presidente Venustiano Carranza.

Escueto, discreto, seco, el mensaje informal de que el presidente de los Estados Unidos, Thomas Woodrow Wilson, había ordenado la evacuación de su ejército del puerto de Veracruz.

El estallido de júbilo obligó a posponer 16 minutos el grito.

La tradición de trasladarse los Presidentes de la República al sexto año de gobierno a Dolores Hidalgo, Guanajuato, la inauguró el general Lázaro Cárdenas, el primero, por cierto, en vivir en la residencia oficial de Los Pinos, ubicada en lo que fuera el rancho de La Hormiga. Ahora que el presidente Miguel de la Madrid decidió viajar a la ciudad-cuna de la independencia al tercer año de su gobierno.

Y si Miguel Alemán decidió interrumpir en 1950 el tañer de la histórica campana al romperse la cuerda, ésta sonó dos veces el 15 de septiembre de 2003, al permitir el presidente Vicente Fox que la tañera su hija Paulina tras hacer él lo propio.

Y si en 1968, tensa la sociedad ante el movimiento estudiantil y popular que se extendía sobre todo el país, el *buffet* ofrecido por el presidente Gustavo Díaz Ordaz a sus invitados la noche del grito en el salón de embajadores de Palacio Nacional se integró con langosta parisiense, camarones a la criolla,

guachinango Bellavista, salmón ahumado, jamón de Virginia a la hawaiana, pavo al horno, pechuga de pollo en pipían, lomo de cerdo relleno, galantita de pato, chiles en nogada, chiles anchos rellenos de atún, tamal de cazuela, arroz a la mexicana, huevos Aurora, ensalada mixta, corazones de palmito, dulces mexicanos, pasteles surtidos, fruta fresca y café...

[...] en 1972, bajo la presidencia de Luis Echeverría, se sirvieron a los 500 invitados sentados en equipales distribuidos en los dos patios y aun en las escaleras, chiles en nogada, pechuga al horno, camarones en escabeche, ensalada mexicana, budín Xóchitl, dulces regionales, figuras de almendras y fruta.

En el estilo personal de celebrar, mientras el presidente López Mateos ofrecía champagne y más champagne, Díaz Ordaz ponía en las charolas whisky, coñac, campari, martini y vino rosado, y Ernesto Zedillo sólo vino blanco; con Echeverría había docenas de vitroleros con aguas de chía, horchata y jamaica [...] además de la banda de Zacatecas en la que tocaba los redobles su hijo Adolfo, bailables de las Palomas de San Jerónimo, y tres conjuntos de mariachi acompañando a Lucha Villa.

Y las guayaberas sustituyeron al traje de etiqueta, al olor de armas de pino cubiertas de flores y festones, regadas, materialmente, en los patios.

El toque final en 1971 fue la presencia de doña Agripina Hidalgo y Costilla y Pinzo, chozna del cura de Dolores [...] que dos años después se quedó fuera de Palacio con el Secretario de Relaciones Exteriores, Joaquín Bernal:

—¡Déjenme entrar, porque después del grito, ya que chiste tiene!

La novedad llegaría al Zócalo en 1980, cuando el presidente Miguel de la Madrid ordenó mezclar el estruendo multicolor de los cohetes con el ballet de la luz del rayo láser, formando los rostros de los héroes de la independencia.

Con el presidente Vicente Fox, tras 18 años de silencio, regresaron los mariachis. Instalados los invitados en torno a un podio levantado en el patio central de Palacio Nacional, frente a un Pegaso de la fuente tradicional rodeado por un rehilete de manzanas, crisantemos y rábanos, el presidente Vicente Fox y su esposa Marta Sahagún —huipil blanco del Istmo de Tehuantepec que sólo se usa en las bodas—, presidieron las fiestas del 15 de septiembre de 2003 al son de *El hijo desobediente*, festejado con chiflidos por el Ejecutivo. Y *Fallaste corazón*. Y, naturalmente *Caminos de Guanajuato*.

La cena se sirvió en platos de barro, mientras las pantallas proyectaban escenas de indígenas en pobreza extrema.

—Felices fiestas patrias. Nos da mucha emoción realizar esta ceremonia tan mexicana y agradecemos su presencia. Brindemos por México. ¡Viva México!

Ahora, que cada presidente le ha impuesto su toque personalísimo al grito. Si Luis Echeverría le agregó a la tradición las frases “¡Viva la paz con justicia y libertad!”, “¡Viva la concordia entre los mexicanos!”, o “¡Viva la revolución mexicana!” y “¡Vivan los pueblos del Tercer Mundo!”, incluyendo además el nombre de Benito Juárez “Benemérito de las Américas”, al lado

de Morelos, "Siervo de la Nación", y Guerrero, "Consumador de nuestra independencia [...]

[...] con José López Portillo se integró al grito "¡Viva la soberanía nacional!", para llegar en 1982 a un "¡México ha vivido. México vive. México vivirá!" calcado en su último informe de gobierno.

En 1985, empero, desde Dolores Hidalgo, Miguel de la Madrid de plano leyó un discurso previo en el Museo Casa de Hidalgo, como para calentar motores: "Debemos seguir construyendo una nación libre, soberana democrática y justa. Es hora de unirse para fortalecer a la patria, creer en ella y amarla cada día más".

A su vez, en 1991 Carlos Salinas de Gortari agregaría dos frases: "¡Vivan los Niños Héroes!" y "¡México, México, México!", en tanto, como lo había hecho años antes José López Portillo, Ernesto Zedillo incluyó en su arenga a la Corregidora de Querétaro, sin mencionarla por su nombre, y Vicente Fox incluiría en 2003 un viva "a los acuerdos para un México mejor", y otro "a la unión de todos los mexicanos".

Por cierto que en su nerviosismo, el primer año Zedillo se desgarró la garganta al inicio del grito:

—¡Mexicanos...! —completando, fuera de guión, con un "¡Viva nuestra independencia!", y un "¡Viva Hidalgo!" "¡Viva nuestra libertad!" "¡Viva México!" "¡Vivan los héroes que nos dieron patria!" apenas perceptibles por la ronquera.

Al año siguiente el rito se hizo chiquito. Sólo tres vivas, uno de ellos a “nuestra libertad”, y otro a Hidalgo.

—El chiste de dar el grito —explicaría después el señor Presidente—, no es gritar... para eso están los micrófonos.